

mismo se llamó *el divino Aretino*. En una palabra, el hombre que hoy titulan profeta, no fué otra cosa que una especie de Voltaire con sus negaciones, con sus sátiras, con sus calumnias y con sus murmuraciones. Todavía está conmoviendo á las gentes supersticiosas ó ignorantes, y las hay tan sencillas que creen en el profeta Aretino y no creen en el Evangelio.

El Prelado que designó Su Santidad para venir á Colombia, no se resolvió á emprender viaje por no saber qué seguridades ofrecería el Gobierno. Este las comunicaba completas, á tiempo que otro Prelado designado en lugar del primero, enfermó; pero esperaba el restablecimiento de su salud para emprender el viaje.

Un telegrama comunica que se han restablecido las relaciones entre Venezuela y Colombia, y que la primera de estas repúblicas conviene en que las cuestiones de límites se resuelvan por medio de árbitros.

Es digno de saberse que el Reverendo Obispo de Popayan con algunos compañeros subió al volcan de Puracé el 13 de Agosto, hasta cerca del cráter. Una erupción de ceniza los obligó á bajar. Una columna de arena finísima sube hace un mes y ha destruido toda la vegetacion de los alrededores.

Leemos en el *Revisor católico* de Tunja que el Ilustrísimo Obispo Gobernador de la diócesis ha prohibido la lectura y circulacion de la hoja *Doctrinas sobre oposicion entre la Biblia y el romanismo* por contener muchas de las sostenidas por el ministro protestante Pratt é injurias á San Pio V y al Pontífice Pio IX.

El señor Secretario de Fomento celebró un contrato con el apoderado de los señores John Barry, José Casanova y A. y E. Bacon, concediéndoles privilegio para la construccion de un ferrocarril que partiendo de la frontera de Costa Rica termine en la ciudad de Panamá. El privilegio durará no-

venta y nueve años, pudiendo el Gobierno comprarlo al cabo de cincuenta años. Este cede gratuitamente á dichos señores trescientas mil hectáreas de baldíos. La obra comenzará dentro de tres años y concluirá á los cinco. El artículo 13 de dicho contrato dice así: "Los consecionarios tendrán la facultad de importar el número de trabajadores que crean necesarios para la construccion del ferrocarril, y todos los contratos que celebren con ellos, en cualquier parte del mundo, serán válidos en los Estados Unidos de Colombia, siempre que no se opongan á las instituciones de la República y del Estado de Panamá, y los Gobiernos nacional y de dicho Estado se comprometen á emplear todos los medios que estén á su alcance para hacerlos cumplir." Como claramente se ve, este artículo sólo tiende á garantizar la introduccion de Chinos en el Istmo; y esto seria un mal de gran trascendencia, pues hay multitud de razones que se oponen á esta importacion de emigrantes. Seria abrir la puerta ancha y franca á esta trata, que es tan odiosa, sino más baja, que la de esclavos. Seria una insensatez, cuando en alguna República vecina no saben qué hacerse con los Asiáticos, que se diera permiso, garantizado por un contrato del Poder Ejecutivo y ratificado por el Congreso, á algunos mercaderes para traer emigrantes que de ningun modo, ni por ninguna razon, sirven á la buena marcha del pais, á la civilizacion, á la moral pública, como tampoco por los medios que se emplean siempre para hacerlos salir de su Patria. Si se ha de hacer el ferrocarril, que sea sin Chinos; lo contrario seria un mal mucho mayor que el no hacerlo.

Otro contrato de igual naturaleza se ha firmado con el señor Don Simon B. O'Leary para la apertura de una carretera, ó construccion de un ferrocarril ó una y otra á la vez, de uno de los puertos del rio Meta. Se traza-



rá la línea al cabo de dos años y á los tres comenzarán los trabajos. A los diez deben estar hechas dos terceras partes de la obra. El Gobierno concede cien mil hectáreas de tierras baldías. La obra es realizable; el plazo largo para nuestros deseos; pero no obstante, es una esperanza que brilla aunque lejana en el porvenir de Boyacá y Cundinamarca. ¡Quiera Dios que el huracán de la revolución no destruya este proyecto redentor!

Por decreto del Ejecutivo Nacional se ha creado una escuela de telegrafía teórica y práctica, que se abrirá el 1º de Octubre próximo en esta ciudad. El número de alumnos será únicamente de veinte y cinco. Será Director de la Escuela el Inspector General de Telégrafos, señor Demetrio Parédes.

Pronto se hará el primer ensayo del alumbrado por medio de la luz eléctrica. Un representante de la Compañía señor Coronel Fernando López de Queralta ha llegado á Bogotá con este designio.

Fueron nombrados empleados de la Comisión Científica los señores José Carlos Manó, Director, y los señores Tapia, botánico y dibujante; Isaac, Secretario y Giron, adjunto. Esta Comisión irá, siguiendo el curso del río Magdalena, hasta Riohacha, de ahí á Cartagena, luego remontará el Atrato, y pasará á Antioquia y el Tolima.

Segun cuenta *El Obrero*, en el Panóptico de esta ciudad sufren su condena catorce muchachos menores de diez y seis años, todos por el delito de robo. Esta noticia es grave, pues se ve que la desmoralización llega hasta el fondo. El pueblo no es responsable de esto: se le quita todo temor de Dios; se le dice que el placer es el bien y el dolor el mal; se le repite que no hay penas y recompensas futuras; y todavía se quiere que tenga respeto á la propiedad y á la vida humana. Es una cosa enseñada por la experiencia que sólo la religion es fre-

no de las malas pasiones. Ahora bien: el sistema de comunidad que se sigue en nuestras cárceles es odioso. Un hombre entra allí por haberse robado una gallina; á los cuatro ú ocho meses se celebra el jurado, y es absuelto ó condenado. Cuatro, seis ú ocho meses hacen que tal individuo, con el roce continuo de malos compañeros, habiendo entrado por robar una gallina, sale blasfemador, sabiendo que lo mismo da robar poco que mucho, que el *máximum* de la pena son diez años, que *el Panóptico no come gente*, es decir, si fué á sufrir una pena, sale preparado por la mala compañía á correr la bolina y á volverse muy luego al Panóptico. Si esto sucede con hombres, ¿qué no sucederá con los catorce ó más muchachos que están aprendiendo en el Panóptico por lecciones orales y objetivas cuál es la senda más impune del camino del crimen? Ya que se deja tan amplio este recurso con el sistema de Jurados, con la abolición de la pena de muerte, con la descatozización de la juventud, con los vicios de toda clase que tiene el sistema penal, es de desearse que no siga la proniscuidad entre los presos del Panóptico.

Están en prensa las obras siguientes: *El Orador Escolor*, coleccion de discursos y diálogos, destinado á los Directores de colegios, por el señor Alejo Posse Martínez; *Método para música*, obra que hacia falta, supuesto que en Colombia no habia otra. Lleva un prólogo del señor José Caicedo Rojas y su autor es el señor Vicente Vargas de la Rosa; del señor Ernesto M. Sicard otra en frances titulada *Traité des verbes irreguliers français*; las poesías del señor Epifanio Mejía, natural de Antioquia, que se publicarán en ese Estado; *El panorama, serie de composiciones de nuevo carácter, útiles y amenas*, prosa y verso, del señor Antonio M. Arrázola. La publica por entregas. Las poesías del señor Diego Fallon, eterna

Bisanucos, el niño mimado de *la otra casa*, hizo algunas tentativas de discurso, y no pudiendo compaginar cosa con orden ni sentido, dijo balbuciente:

—Otorgo el auto. Y desplomóse

Gildo se alzó luego en un extremo de la mesa, rojo el semblante, deshechos sus rizos, suelto el cuello de la camisa y desatacados los pantalones y el chaleco. Tomó el asunto donde lo dejó su padre, y gritó desafortadamente:

—Siempre he dicho yo que donde están las obras no valen tres cominos las palabras. Pues ahora vos digo que llegó la ocasión de que se vea quién es hombre como Dios manda, y quién un chafandín de pantomina; quién va por los caminos regulares, y quién ha venido aquí por el sólo aquel de llenar la panza!

—¡Hombre soy como el que más! dijo á esto, con voz de trueno, Juan Anton sin levantarse.

—¡Repito al consonante! añadió Toñazos oscilando.

—¡Lo mismo estipulo! balbució Carpio.

—Al ítem declaro, dijo Gorion hecho un pellejo.

—Se verá en su hora, continuó Gildo, y por la buena voluntad, que corra el vaso, si mal no vos parece.

Y corrió el vaso, y corrió la noche, y Barriluco y Facio y Polinar, con cuyas respectivas chispas se contaba para alegrar el festín, no levantaron cabeza desde las primeras horas, ni cosa más divertida hicieron que dar manotadas en la mesa, reirse como idiotas y cantarriar indecencias.

Al rayar las diez, cuando los comensales de arriba iban apaciguándose y los concurrentes de abajo disminuían, y quedaban libres de curiosos los alrededores de la taberna, tomó el festín un aspecto enteramente nuevo. Las mujeres de los que, según noticias fieles, no podían rascarse ya, invadieron la sala del convite. Unas llorando y otras maldiciendo, todas intentaban sacar de allí á sus maridos. Entre éstos los había *de buen vino*, y tomaron el lance á broma, y aún algunos de ellos lograron calmar á sus afligidas y escandalizadas mujeres. . . . y hasta verlas sentadas á su lado saboreando el pecaminoso trago. Otros, más bravíos, recibieron las amonestaciones con denuestos y amenazas serias; pero todos, blandos y duros, convinieron unánimes en que no podían retirarse á dormir porque faltaba lo mejor.

Y lo mejor fué que, obedeciendo una ór-

den súbita de Patricio, se levantó la gente como pudo, adandonó la sala, y unida á los bebedores de abajo; que también estaban buenos! echóse en tropel á la calle, aquí tropezando el débil, cayendo allí el muy cargado, y los más firmes pisando con mucha dificultad; pero todos gruñendo, ó vociferando en estridente y desacorde algarrabía. Parecía aquello una piara de cerdos despeados conducida por pastores energúmenos.

Así llegó la turba, un poco mermada por los que iban quedándose en el camino abrumados por el peso de la borrachera, á la plazoleta de Don Roman. Muchos entraron en ella sin darse cuenta de lo que hacían; algunos hubieran jurado que se hundía el terreno bajo sus piés, y nadie estaba libre de cierto temor delante de aquella mole sombría que se alzaba entre la oscuridad de la noche, como los fantasmas del miedo, ó los monstruos de la conciencia. Pero el estruendo continuaba, siempre agitado de propio intento por los Rigüeltas, y en él se fortalecían los ánimos más débiles y vacilantes. De este modo pudo repetirse allí la vergonzosa escena que se había representado noches ántes, enfrente de la casa de Don Frutos, excepto el detalle de las pedradas, dicho sea en honor de la verdad, que se omitió, no sé si por prudencia; ó por no haber brazos que alcanzan tan lejos; pues aunque destacaba mucho el edificio sobre las tapias, estaba bastante retirado de ellas. Mas si faltaron pedradas, de sobra anduvieron las injurias, porque Barriluco y Polinar que eran quienes debían entonar ciertas coplas insultantes é indecentes (compuestas *ad hoc*, al creer á la fama, por Gildo, y según vehementes sospechas, por Lucas,) borrachos perdidos, olvidáronse del són, y trataron de enmendar el contratiempo vomitando insultos y blasfemias que provocaban otros idénticos, entre coros de rebuznos y alharidos salvajes.

No duró mucho el escándalo, porque el ruido de una ventana que se entreabrió en el piso alto de la casa, bastó para que la turba se desbandara como si la persiguieran á tiros.

En el fondo de una calleja de las que desembocaban en la plazuela, estaban ocultas tres personas que presenciaron, á la débil claridad del estrellado firmamento, la dispersion tumultuosa. Siguiéron de lejos á los fugitivos de mejores piés, y fueron observando cómo los más borrachos iban

arrastrándose hacia sus casas, ó se quedaban, cual bestias ahitas, tendidos en el suelo. Cerca ya de la taberna, defendíase un hombre, á duras penas, de los tirones que le daba de la chaqueta y de las súplicas que, entre sollozos, le hacía su mujer. El hombre se empeñaba en entrar de nuevo en la taberna; la mujer pedía á Dios que se fuera con ella á casa, porque bastaba lo que habia hecho para perdición de la familia; y así bregando y porfiando los dos, el hombre alzó la pesada mano, descargóla con ira sobre la cara de su mujer, y tendió á la infeliz cuan larga era. Los tres personajes que inspeccionaban el terreno, como los ladrones el campo de batalla despues de terminada, conocieron en el hombre que tal felonía acababa de ejecutar, al ántes manso, al inofensivo, al modelo de virtudes domésticas.... ¡á Toñazos el carpintero!

Uno de los susodichos tres se volvió entónces al que tenía á su lado, y le dijo con voz atiplada y pedantesca:

—Señor Don Gonzalo, Coteruco es de usted ya. Trabajemos ahora que ha roto las ligaduras que le oprimian, para que sea de la Patria y de la Libertad.

—Jamás creyera que tan pronto lo consiguéramos, respondió Don Gonzalo.

—Esa es la gloria de Patricio, replicó Lucas, señalando al tercer personaje, el cual se apresuró á responder con hipócrita modestia:

—He cumplido con mi deber, y nada más.

Y los tres, mentecato el uno, malévolo el otro y pillo redomado el tercero, se fueron á dormir, satisfechos y tranquilos, como si no fueran, cada uno á su modo, merecedores de un grillete.

XVII

MAS LEÑA AL FUEGO.

Ocurrió al otro día lo que era de esperar: los ántes adictos á Don Roman, que habian asistido al banquete, no estaban aún corrompidos de alma para meditar sin remordimientos sobre lo que habian hecho y dicho la víspera. Hasta entónces, desde que dieron en ir á la taberna á presenciar las peripecias del famoso partido, sostuvieronlos contra las protestas de la conciencia, el atractivo del espectáculo, la golosina del jarro y, sobre todo, la esperanza del gran acontecimiento pascual. Pero éste habia pa-

sado, y nada veian por delante cuyo saboreo les endulzara las amarguras de los recuerdos.

Los más borrachos en el festin se afanaban al día siguiente por saber de sus mujeres qué habian hecho ellos durante la noche desde que salieron de la taberna hasta que se fueron á dormir; y cuando se les dijo que habian insultado groseramente á Don Roman, se aturdieron. Idéntica impresion causó el recuerdo de este suceso en los que tenían una idea vaga de haber tomado parte en él. Parecíales excesivo el desacato, ó, cuando ménos, poco sazonado.

Pero como ni el ofendido habia de brindarles con el perdon, ni ellos pensaban ir á implorarle, ya porque probablemente no le obtendrian, ya porque, despues de todo, Don Roman los habia traído *engañados* y en su derecho estaban alejándose de él, hicieron lo que hace todo el que quiere acallar los gritos de la conciencia: empeñarse en engradecer las causas de la caída, para justificarla á sus propios ojos. Desde entónces se buscaron con ansia unos á otros; y haciendo buenos á Lucas y á los Rigüeltas, aunque móvidos de diferente propósito que éstos, descuartizaron los de Don Roman, exprimieron sus jirones de lengua en lengua, y no los soltaron hasta que de las fibras de los más santos hubieran extraído las más absurdas indignidades. ¡Qué bien los conoció el nobilísimo caballero!

No le iba en zaga Patricio en este punto; y prueba de ello es la visita que, no bien se levantó al otro día, hizo á Don Gonzalo. Le halló gozoso y hasta rejuvenecido.

—Camará, le dijo el indiano al verle entrar, sabe usted más que Lepe.... ¡Cascaritas si hemos corrido en poco tiempo!

—Pues lo que importa, señor Don Gonzalo, respondió Patricio, es que no perdamos en una semana lo que hemos ganado en tres.... y á tratar de eso vengo yo.

—Hable usted, pico de oro.

—Pues hablo; y digo que no conoce usted á esta gente.

—Confieso, camará, que no tanto como usted.

—Pondria las dos orejas á que hoy andan parte de los que tanto ruido hicieron anoche, metiéndose por los bardales para que no los vea el sol.

—¿Arrepentidos?

—Los más.

—¿Teme usted que se vuelvan á la otra casa?